

Michael Sandel y la ética de la mejora por la técnica

José Luis Caballero Bono

Resumen

En este artículo se tratan los argumentos de Michael Sandel contra la mejora humana. Se pone de relieve que la objeción principal no es nueva, sino que fue expresada ya por autores como Miguel de Unamuno. Finalmente se señala que la postura de Sandel sobre la fecundación artificial parece incoherente con su planteamiento acerca de la mejora humana.

Abstract

This paper deals with the Michael Sandel's arguments against human enhancement. It is stressed that the main objection is not new; it had been already exposed by authors like Miguel de Unamuno. Finally, it points out that Sandel's position on artificial fertilization seems incoherent with its point about human enhancement.

Palabras clave: Mejora humana, Sandel, dominio y don, Unamuno, fecundación artificial.

Key words: Human Enhancement, Sandel, Domination and Gift, Unamuno, Artificial Fertilization.

Michael Sandel, profesor en la Universidad de Harvard, entró a finales de 2001 a formar parte del Consejo de Bioética del presidente George W. Bush. Las reflexiones generadas en las reuniones de dicho consejo le llevaron a redactar un artículo sobre la ética del perfeccionamiento genético titulado «The Case Against Perfection. Ethics in the Age of Genetic Engineering». El texto fue editado por la revista *Atlantic Monthly* y se convirtió en la base de un libro homónimo que, en español, ha recibido el siguiente título: *Contra la perfección. La ética en la era de la ingeniería genética*. Los argumentos de este libro han sido ampliamente debatidos por el autor en el marco de seminarios, congresos y conferencias. Nuestra intención aquí es participar en ese diálogo, mostrando también que no es tan novedoso como pudiera parecer¹.

¹ Cf. SANDEL, Michael: *Contra la perfección. La ética en la era de la ingeniería genética*. Marbot Ediciones, Barcelona, 2007. 205 pp. El original en inglés es del mismo año.

1. Argumentos contra la mejora y la mejora genética

El libro de Sandel quiere centrarse en supuestos de mejora o perfeccionamiento a nivel genético, si bien no todos los casos analizados responden a ese propósito. En conjunto, Sandel representa una posición conservadora, partidaria de la no perfección tal como reza el título de su libro y deja claro en la dedicatoria a sus hijos, «que son perfectos tal como son». Sin embargo, esta postura quedará en entredicho en el Epílogo, como veremos. De momento nos interesa destacar algunos de los inconvenientes que ve el autor en la aplicación de técnicas de mejora, sobre todo en el terreno de la optimización de capacidades (musculares, intelectuales...) y en el diseño, pretendidamente eugenésico, de los hijos.

Extravagancia: la arbitrariedad en la decisión sobre qué es lo mejor puede llevar a desear un hijo sordo como bandera de identidad, tal como pretendieron –y consiguieron por inseminación artificial– dos lesbianas sordas.

Restricción de la libertad: nuestra capacidad de actuar libremente quedaría mermada por la ingeniería genética. Una cosa es batir una marca como resultado del esfuerzo y otra distinta hacerlo gracias al consumo de esteroides. Nuestro aplauso pasa ahí del jugador a su farmacéutico. Expresión última de esto sería la mecanización de la acción humana tal como propugna el llamado «transhumanismo».

Prometeísmo: el mayor peligro del perfeccionamiento y la ingeniería genética no es la pendiente hacia el mecanicismo, sino que refleja «una aspiración prometeica a rehacer la naturaleza, incluida la naturaleza humana, para servir a nuestros propósitos y satisfacer nuestros deseos»². Esto supone un olvido del carácter recibido de los poderes y logros humanos. De ahí el siguiente reparo.

Invidencia para el don: la mentalidad de la perfección es ciega para lo que precisamente despierta nuestra admiración, a saber, la gracia como exhibición de talentos naturales. La falta de esfuerzo y la naturalidad que percibimos en una joven de extracción humilde que se pone a bailar faltan precisamente en una muchacha de clase pudiente que ha recibido clases de baile. San-

² Ibid., p. 39.

del llega a sugerir que quedaríamos más decepcionados si supiéramos que la primera toma alguna sustancia dopante que si llegamos a saberlo de la segunda. Es la gracia lo que nos admira. Añadamos, por nuestra parte, lo que decía el Dr. Marañón:

«Un mal estudiante puede ser, andando el tiempo, un gran hombre. Un estudiante perfecto, uno de esos abonados a la matrícula de honor [...], ese, casi necesariamente, se esfumará en una penumbra intelectual para toda su vida. Es un deportista de las buenas notas y nada más»³.

Pérdida de dramatismo humano en el juego y degradación del mismo: al igual que los juguetes que hacen todo solos merman posibilidades en el niño, los jugadores de fútbol americano perfeccionados por esteroides siempre obtendrían *home runs*. Además, las dietas megacalóricas los convierten en máquinas de embestir de hasta 180 kilogramos de peso. Esto los hace demasiado grandes para correr jugadas de barrido (*sweeps*) y de pantalla (*screens*). Solo pueden lanzar embestidas de gran impacto, lo cual significa una reducción de posibilidades, una corrupción de la excelencia atlética y un rebajamiento de la finalidad del juego. Sandel ofrece más ejemplos, también al margen de la bioingeniería, de degradación de una actividad lúdica. Así, la incorporación de amplificadores de sonido a la música de orquesta escuchada en un auditorio. Esta práctica ha acabado ha acabado marginando a cantantes con voz operística en conocidos foros como el musical de Broadway, favoreciendo en cambio espectáculos melodramáticos como *El fantasma de la ópera*.

Privación de la humildad y la empatía humana: Sandel restringe esta objeción al contexto de la eugenesia. La aspiración de algunos progenitores a perfeccionar a sus propios hijos desde el seno materno se opone al amor incondicional. Por nuestra parte podemos también llevar esta objeción al ámbito de la optimización deportiva. César Pérez de Tudela, en un artículo escrito con ocasión de la muerte del montañero Tolo Calafat al descender del Annapurna, se pregunta: ¿es el «ochomilismo» verdadero alpinismo? Y constata que la competitividad por coronar cimas tan altas en poco tiempo obra en provecho del individualismo:

³ MARAÑÓN, Gregorio: *Raíz y decoro de España*, en *Obras Completas*. Tomo IX. Espasa-Calpe, Madrid, 1973, p. 91.

«También hay que admitir, con tristeza profunda, que el idealismo del alpinismo, que tantos valores comporta, ha perdido, por culpa de hacerlo en el Himalaya, ese espíritu que tanto le ensalzó: la solidaridad, la ayuda al semejante. Y esto es lo que está ocurriendo en la loca moda del “ochomilismo”, en la que muchos quieren seguir las huellas que algunos abrieron valiente y peligrosamente.⁴

Paternalidad desorbitada: el perfeccionamiento genético que buscan los padres deseosos de tener hijos de diseño se inscribe en una tendencia de hiperpaternalidad que tiene otras manifestaciones, como el intrusismo parental en las competiciones donde juegan sus hijos.

Sobreentrenamiento: la presión para rendir más hace que, por ejemplo, se produzcan lesiones que antes solo presentaban los profesionales.

Lucro comercial: como el de empresas que preparan para la admisión en universidades de élite, o que fabrican estimulantes como Ritelin para rendir más en el estudio. El uso de este tipo de ofertas significa, además, una rendición ante los parámetros de competitividad impuestos por la sociedad.

Insolidaridad con la colectividad: mientras que la vieja eugenesia albergaba un interés de reforma social en forma de mejora de la raza y selección del «plasma germinal» defectuoso, la eugenesia de libre mercado se rige solo por las preferencias de los padres, de suerte que solo los más privilegiados pueden tener los hijos que desean.

Todos estos argumentos, además del de la inseguridad de algunos procedimientos y la desigualdad económica para acceder a los medios de mejora, aduce Sandel en contra de la mejora, en contra de la perfección. Sin duda pueden no estar todos. Quizá se puede señalar, además, alguna vertiente diferente dentro de los ya expuestos. Así, a propósito de la desigualdad de acceso a la mejora podría haber indicado el autor el posible estigma social que introduce en los que no poseen las dotes valoradas por la moda del momento o la estimación general. Pero más allá de estos posibles complementos, la reserva principal del autor hacia la

⁴ PÉREZ DE TUDELA, César: «¿Es el “ochomilismo” verdadero alpinismo?», en *Altar Mayor* 151 (2013), pp. 111-112.

hybris del perfeccionamiento y la mejora genéticos es más profunda y ya ha sido apuntada en alguno de los argumentos antes recogidos.

2. *La objeción fundamental. Sandel y Unamuno*

Ya desde los inicios de la obra advierte Sandel de que para abordar la ética del perfeccionamiento hay que afrontar «cuestiones relativas al estatus moral de la naturaleza, y a la actitud que deberían adoptar los seres humanos hacia el mundo que les ha sido dado»⁵. Hablar de «estatus moral de la naturaleza» remite a un deber-ser inscrito en el ser natural, tanto en el ser natural no humano como en el ser natural humano. Ese deber-ser tiene que ver con la finalidad de cada cosa o actividad, al margen de la cual dice el autor que no cabe plantear el tema de la mejora.

Pues bien, el problema de fondo que Sandel ve en la moda de la optimización es un problema de mentalidad y de actitud interior del hombre: la actitud de dominio que anula la disposición de apertura agradecida a lo recibido. Aun cuando se lograran superar algunos de los reparos que suscita la mejora, como la desigualdad de acceso o la arbitrariedad en la aplicación o la insolidaridad, el prurito de rendimiento y perfección anima una revuelta contra lo recibido:

«El problema de la eugenesia y la ingeniería genética es que representa un triunfo unilateral de la voluntad sobre el don, del dominio sobre la reverencia, del moldeo sobre la contemplación»⁶.

¿Por qué habría de preocuparnos esto? ¿Qué se perdería si la biotecnología disolviera nuestra conciencia de lo recibido? En grandes líneas diríamos que se perdería la verdad. Nadie puede arrogarse el mérito de las dotes naturales que posee. Y por eso nadie tiene derecho a magnificar indefinidamente a capricho las dotes propias o ajenas mediante los instrumentos que hoy la ciencia pone a disposición:

⁵ SANDEL, Michael: op.cit., pp. 13-14.

⁶ Ibid., p. 129.

«solo una aguda conciencia de la contingencia de nuestros dones, de que ninguno de nosotros es plenamente responsable de su éxito, puede salvar a una sociedad meritocrática de caer en la arrogante presunción de que el éxito es coronamiento de la virtud, de que los ricos son ricos porque lo merecen más que los pobres»⁷.

La experiencia de lo inesperado, de lo regalado, de lo recibido –sea bueno o malo– como fuente de posibilidades quedaría oscurecida por la ética autocéntrica del perfeccionamiento genético. Concretamente, Sandel ve alteraciones en tres «elementos centrales» de nuestro paisaje moral: la humildad, la responsabilidad y la solidaridad. La humildad se adultera porque, por ejemplo, la mentalidad eugenésica torna invidente para el hecho de que cada vida nueva tiene su propia área de libertad que no es obra de los padres. La responsabilidad se sobredimensiona porque cada vez se deja menos margen al azar. La solidaridad se desvirtúa porque, pongamos por caso, se puede llegar a despreciar al jugador que no ha tomado sustancias dopantes en beneficio de su equipo, o a mirar con sospecha a unos padres que han dejado nacer a un niño con síndrome de Down.

Todas estas consideraciones nos hacen ver que lo mejor puede ser enemigo de lo bueno. No obstante, Sandel no descalifica a la mejora por sí misma, sino que opina que ésta es admisible si incide en los talentos y no los distorsiona. Al contrario, es reprochable cuando los suplanta. Los atletas griegos corrían descalzos en sus certámenes. La introducción de zapatillas deportivas no suplantó sus capacidades, sino que mejoraron saludablemente las carreras al reducir riesgos por contingencias ajenas al juego (piedras puntiagudas en la pista). La educación es buena para los hijos porque respeta sus elecciones, pero no lo sería una manipulación prenatal que restringiese su derecho a un futuro abierto. Es decir, que suplantase su libertad. Recordando, una vez más, la reflexión de Pérez de Tudela, cabría decir: «cada uno debe explorar su ruta, con arreglo a sus posibilidades físicas, técnicas y mentales. Cada uno debe buscar su montaña y su senda»⁸.

⁷ *Ibid.*, pp. 138-139.

⁸ PÉREZ DE TUDELA, César: *op.cit.*, p. 112.

En las consideraciones de Sandel encontramos una semejanza har- to sorprendente con el tema de la novela *Amor y pedagogía*, de Miguel de Unamuno. El hecho de que esta obra literaria viese la luz en 1902 nos avisa de que el debate planteado por Sandel no es nuevo. El tema de la novela es la contraposición entre dominio y don, el mismo que recorre el libro de Sandel y que resulta explícitamente verbalizado en el título de uno de sus capítulos. Ambas actitudes, do- minio y don, están encarnadas en la novela por don Avito Carrascal y doña Marina del Valle respectivamente. Y la trama se desenvuelve en el marco de un caso de eugenesia que –utilizando los términos de Sandel– más se parece a la eugenesia liberal de nuestros días que a la antigua eugenesia, la contemporánea de la novela en cuestión. No por la disposición de técnicas de ingeniería genética, que obviamente no podían estar tan desarrolladas en aquella época. Pero sí por el propósito aparentemente caprichoso de esta eugenesia.

Don Avito Carrascal quiere tener un hijo de diseño, un genio. A tal fin contrae matrimonio «deductivo» con Marina del Valle y la somete, durante la gestación, a una dieta especial de alubias para promover la venida del genio. Después del alumbramiento con- duce toda su relación con su hijo, al que llama Apolodoro (el don de Apolo), en orden al fin propuesto:

«se dedica un rato todos los días a frotarle bien la cabeza por encima de la oreja izquierda para excitar así la circula- ción en la parte correspondiente a la tercera circunvolución frontal izquierda, al centro del lenguaje, pues algo de la ex- citación ha de atravesar el cráneo y ayudar al niño a rom- per a hablar»⁹.

A lo largo del crecimiento del retoño, el padre mantiene con él un dirigismo que le impide aceptar a su hijo tal como es y donde resuena buena parte de la argumentación de Michael San- del contra la ética del perfeccionamiento: intrusismo paterno, au- sencia de empatía humana, restricción de la libertad del mucha- cho... La orientación prometeica está presente junto con un cierto desdén hacia la figura de la mujer, a la que un personaje de la novela define como el «anti-sobre-hombre»¹⁰. La mentalidad positivista de don Avito, alimentada por su amigo y filósofo, don

⁹ UNAMUNO, Miguel de: *Amor y pedagogía*. Bruguera, Barcelona, 1986, p. 55.

¹⁰ *Ibid.*, p. 89.

Fulgencio Entrambosmares, le impide encajar lo imprevisible en la vida de su hijo, como la falta de las destrezas esperadas o el enamoramiento. Al final de la novela, Apolodoro se suicida.

Marina del Valle, la madre de la criatura, representa una acogida incondicional del hijo. Lo besa, le canta, le da el pecho, le cuenta cuentos, le enseña a rezar... Un día lo lleva a bautizar a escondidas de su marido. Este acto lo vive ella en un contexto de amor en el que busca hacer lo mejor para su hijo de manera no invasiva. Mientras que Avito enfocará en su reproche el bautismo desde el pecado original, y por ello como una especie de terapia de un mal congénito, su esposa dice que ha bautizado al hijo porque «así se ha hecho siempre»¹¹. Lo ve, pues, como un acto de mejora legítima en tanto que favorece la integración social de su hijo. A éste, por cierto, no le llama Apolodoro, sino que durante toda la novela le dice Luis o Luisito, un nombre menos sospechoso de extravagancia.

3. *El epílogo: ¿una inconsecuencia de Sandel?*

El libro *Contra la perfección* concluye con un epílogo inusualmente largo, pues viene a ocupar casi una cuarta parte del total. Hasta en esto se parece a la novela de Unamuno, cuyo epílogo incluía los «Apuntes para un tratado de cocotología» a fin de que el autor pudiera alcanzar el número de páginas que le pedía el editor.

El epílogo de Sandel se titula «Ética del embrión: el debate sobre las células madre». Y, como ocurría con el título completo de la obra, tampoco todo lo que allí se trata conviene con el rótulo bajo el que se presenta. Se abordan, por ejemplo, cuestiones relativas a la clonación.

Nuestro interés no es, en modo alguno, entrar en el detalle de los asuntos, difíciles, sobre los que en esa pieza reflexiona el autor. Digamos, *grosso modo*, que su posición corresponde a una de las que encuentran algunos apoyos en la actualidad: el embrión humano, en cierta fase inicial de su desarrollo, no sería persona; pero el embrión humano merece un respeto.

Apoyo de su tesis parece ser la expresión «estatuto moral del embrión», pues el autor no habla de estatuto ontológico ni de es-

¹¹ *Ibid.*, p. 51.

tatuto antropológico. Interpretamos que esa preferencia debe o puede leerse en el sentido de la actuación moral que cabe tener ante el embrión.

Por un lado –según Sandel–, el embrión no es persona. Y lo ilustra, por ejemplo, con uno de esos escenarios de catástrofe que son lugar común en este tipo de posición: en el supuesto de que un laboratorio se incendiase no dudaríamos en dar preferencia a la salvación de un niño sobre la salvación de una bandeja con veinte embriones congelados.

Por otro lado, el embrión humano merece una consideración en su estadio inicial. Lo que ocurre es que, para Sandel, esa consideración cesa ante un fin mayor como es la extracción de células madre con fines curativos o la selección en orden a la fecundación in vitro. Prácticas que, como es sabido, conllevan la destrucción de embriones.

Dejemos aparte la extracción de células madre embrionarias, que hoy, al parecer de modo definitivo, está fuera de lugar¹². La otra gran fuente de descarte de embriones es la fecundación in vitro. Sandel no ve ningún problema moral en desechar embriones para ayudar a una pareja a tener un hijo. Ahora bien, la pregunta que nos hacemos es si esto es coherente con la tesis que el autor ha venido manteniendo a lo largo del libro. Si lo importante es saber valorar lo recibido y evitar actitudes de dominio, ¿por qué intentar solucionar mediante ingeniería genética un problema de esterilidad? ¿No es la fecundación in vitro una suplantación técnica de una capacidad inexistente (la de fecundar, aun cuando no la de amar)? ¿No es por tanto inadmisibles desde la pauta de la mejora legítima establecida por el autor?

Si esta objeción es correcta desde los supuestos expresados por el autor a lo largo del libro, entonces se plantea otra cuestión en la que Sandel no entra: ¿por qué no considerar la adopción como un recurso posible allí donde no falla la capacidad de amar en la pareja, aunque sí la de concebir de manera natural? En el fondo parece que para Sandel tener hijos biológicos es, no solo

¹² En 2006, Shinya Yamanaka consiguió convertir una célula somática en una célula madre «light» mediante un proceso llamado reprogramación. El resultado es una célula pluripotente que, aunque no sea totipotente, permite que no haga falta en ningún caso usar embriones para la extracción de células madre. El procedimiento es técnicamente muy fácil y éticamente no plantea problemas.

un deseo legítimo, sino un derecho de la pareja. Y esto es difícilmente conciliable con su defensa de la apertura a lo recibido y su aceptación.

Además, el descarte de embriones está libre de objeciones para el profesor norteamericano, pero el hecho es que ese descarte se originaría también en prácticas de laboratorio que son condenadas por él al significar una intervención eugenésica sobre el «plasma germinal» (el uso de esta expresión decimonónica vuelve recordar a Unamuno). Pongamos por caso, prácticas para determinar el sexo del futuro bebé. Por tanto, tales prácticas no están libres de las reservas ya formuladas para los casos de optimización de la descendencia.

En la parte anterior al epílogo, Sandel había manifestado el malestar moral que suscita la clonación de gatos y perros para satisfacer los deseos de ciudadanos que vieron morir a sus mascotas y quieren tener otras físicamente iguales. Ese malestar surge con solo pensar que hay miles de tales criaturas abandonadas por sus dueños a la espera de que alguien las quiera. Salvando las distancias, creemos que también cabría pensar que hay niños huérfanos o abandonados que necesitan tener unos padres. Pero este extremo no es tocado por Sandel. Su libro da la impresión de ser muy conservador en la primera parte, la que trata de la mejora, y seguir una dirección opuesta en el epílogo, cuando determina el estatuto moral del embrión. Sinceramente creemos que el discurso se muestra aquí inconsistente.

*Solicitado el 20 de abril de 2013
Aprobado el 4 de mayo de 2013*

José Luis Caballero Bono
Universidad Pontificia de Salamanca
jlcaballerobo@upsa.es